

## CAPÍTULO XXV

**Estado de espíritu y pasatiempos en la prisión.—Dos comandantes nuevos.—El hospital.—Resistencia á mano armada.**

Nuestra vida transcurría triste y monótona: los meses sucedían á los meses, los años á los años, sin dejar en nuestro recuerdo la menor traza de su paso. Todos los días eran iguales y formaban una cadena sin fin. Los que habían llegado el 31 de Diciembre de un año era imposible que en igual fecha del año siguiente pudieran recordar determinado día. Al despertarnos por la mañana se sabía ya lo que iba á pasar en la jornada. Así los días, las semanas, los meses y los años se confundían.

Apenas si alguna vez un pequeño acontecimiento venía á romper esta uniformidad. Se conocían los hábitos y los gustos de todos los compañeros, se sabía lo que en determinadas circunstancias cada uno podía hacer.

Pasado algún tiempo se hubiera querido no ver ciertos rostros, pero era imposible. Se estaba condenado á ver siempre los mismos individuos, y no había un solo rincón en que poderse aislar. Añádase á esto la obligación de hacerse afeitar la cabeza á que estábamos sometidos, la inevitable

vigilancia de los gendarmes, las revistas de mañana y tarde, las visitas y los registros... Quien se represente todas estas vejaciones, comprenderá como la vida se hacía insoportable con el tiempo y la excitación nerviosa que daba por resultado.

El perpetuo rechinar de goznes y cerraduras cuando las puertas se cerraban y se abrían, tenía el don de exasperar á algunos de nosotros. A causa de este estado nervioso, reinaba una irritabilidad que los hombres en condiciones normales podrían apenas comprender.

Cierto día, dos amigos, hombres serios, bien educados é inteligentes, se precipitaron uno contra otro á propósito de una cáscara de huevo.

Parecido estado de espíritu explica el hecho de que dos hombres que se aman fraternalmente no puedan conservar siempre igual intensidad de sentimiento. Ver cada día los mismos rostros y seguir las mismas rutinas, causa un suplicio inaguantable.

Sin embargo, no todo eran enojos y torturas en nuestra existencia; nosotros teníamos también pequeñas alegrías. Un acontecimiento dichoso era la llegada del correo, que venía cada diez días en invierno y cada ocho durante el verano. No puedo describir con qué impaciencia esperábamos la hora de que llegase á la prisión. Algunos estaban horas enteras contra la empalizada, para ver al comandante dirigirse á la oficina de la posta; esperaban su vuelta con la misma curiosidad y se apresuraban á ir á prevenir á los compañeros.

El correo nos traía cartas, periódicos y libros, algunas veces también paquetes con provisiones ó regalos. Esto introducía alguna diversión en la monotonía mortal de la cárcel. El dinero nos permitía mejorar nuestro alimento. Los periódicos,

los libros y las revistas nos interesaban muy particularmente, porque nos traían nuevas de fuera y conocíamos los acontecimientos políticos, que tenían el don de apasionarnos. Se devoraban materialmente todos estos impresos, que formaban el indispensable alimento de nuestras discusiones.

En esta época la más brutal reacción se extendía, no sólo en Rusia, sino en toda la Europa Occidental. La lectura nos exasperaba hasta el punto de dejar caer el periódico de las manos. No estábamos autorizados á leer más que revistas sin interés, impregnadas de un espíritu conservador, exceptuando la revista bien conocida *El Mensajero de Europa*, cuya lectura estaba autorizada no sé por qué. Había entre nosotros algunos que leían el periódico desde el título al pie de imprenta y se enteraban hasta de los menores detalles. Pero lo que más nos interesaba á la llegada del correo, eran las cartas de los parientes y amigos. Esta correspondencia nos causaba á la vez alegría y sufrimiento. Estábamos constantemente con pena á propósito de los que amábamos, porque las nuevas que recibíamos del país tardaban en llegar á nuestras manos un mes y medio ó dos meses en primavera y otoño, cuando los caminos eran practicables, y en Siberia el correo llegaba siempre con retraso. No sólo las cartas eran leídas por el comandante y sometidas á rigurosa censura, sino que se las bañaba con una solución de cloruro de hierro para ver si ciertas novedades misteriosas se nos transmitían por medio de tinta simpática. Lo que nos causaba más pesar era no poder responder á nuestro nombre. Debíamos acusar recibo de una carta sobre una tarjeta postal á nombre del comandante y dar

buenas indicaciones sobre el estado de nuestra salud. Las cartas, sobre poco más ó menos, eran lo siguiente: «Su hijo (hermano, sobrino, amigo, etcétera) está bien; ha recibido el dinero (ó la carta) que usted le ha enviado y le ruega que siga escribiéndole.»

Seguía la firma del comandante. Como la carta era de letra del prisionero, los padres y los amigos podían convencerse de que el que les interesaba estaba todavía vivo y que había recibido su envío, pero nada más.

En semejantes condiciones la correspondencia ocasionaba tormentos que es fácil comprender y causaba gran amargura á los solitarios que no recibían ninguna carta. Había dichosos que podían tener relaciones constantes con los seres que amaban y había pobres abandonados. ¡Es preciso ver la expresión de tristeza con que contemplan la distribución de la correspondencia! Yo he escuchado á uno de ellos exclamar con acento triste: «¡Ah, si alguien me escribiera algunas líneas!» Es, en efecto, el colmo de lo cruel estar relegado en Siberia, á miles de leguas del hogar, sin que ninguna criatura humana se ocupe de nosotros ni nos guarde un recuerdo. Pero es admirable ver la alegría de uno de estos olvidados cuando por azar recibe una carta que no esperaba. En reconocimiento á esta felicidad milagrosa hacen distribuir té á todos los de la cámara, guardan la carta sobre ellos como un tesoro precioso, hablan frecuentemente y largo tiempo y leen los párrafos interesantes á los mejores amigos.

Es una tradición convidar á los camaradas cuando se recibe una noticia interesante; las cartas dan la vuelta por todas las habitaciones y se copian ciertos párrafos que pueden ofrecer interés

especial. Los comandantes, y sobre todo el *Gato*, se tomaban mucho cuidado de que no llegasen á nosotros más que las cosas personales, y cubrían de tinta todos los demás párrafos. Pero nosotros teníamos medios particulares de conocer todos los acontecimientos políticos, y algunos tenían un don de adivinación sorprendente. A pesar de todos los cuidados, recibíamos cartas y libros que estaban prohibidos; nos servíamos para ello de los guardianes, que se dejaban seducir por nuestro dinero. Gracias á este correo secreto, nos comunicábamos con la prisión de mujeres, cosa rigurosamente prohibida. Sabíamos cuanto les pasaba y teníamos detalles de todos los otros deportados que vivían en las diferentes localidades de la Siberia.

Nuestro administrador intervenía en el movimiento postal. El comandante le indicaba los nombres de los que habían recibido dinero y la suma que tenían, y él lo hacía saber en las diferentes habitaciones, porque, como ya he dicho, todos eran igualmente interesados. Nuestro bibliotecario añadía al catálogo todos los impresos que acababan de llegar. El turno para la lectura de libros y periódicos estaba fijado por un reglamento especial. Los que recibían regalos, como lencería, vestidos y zapatos, eran libres de guardarlos ó dárselos al administrador. Este hacía saber á los prisioneros todos los objetos que estaban á su disposición. Cuando se trataba de comestibles se daban también al administrador, que los distribuía por cámaras; cada cámara tenía un repartidor general, cuya misión era partir estos suplementos entre los prisioneros, observando la más estricta equidad, lo que exigía habilidad y práctica.

Nos esforzábamos en hacer reinar la mayor igualdad para todos. Había entre nosotros quien sentía hasta pena de recibir de su casa numerosos regalos, mientras que otros no recibían jamás nada y procuraban excusarse de su situación privilegiada que les avergonzaba; pero había también ejemplos de egoísmo y alguno guardaba para su uso exclusivamente personal los regalos que le mandaban. Esto eran excepciones. Varios llevaban su delicadeza hasta no pedir sólo los libros que deseaban leer, y hacían una lista de los que querían los otros compañeros. Cuando se reunía una cantidad para comprar libros nuevos, se dividía la suma en tantas partes como presos, y cada uno podía emplear la suya en los libros más de su gusto; de este modo quedaban todos satisfechos y los amantes de las bellas letras podían proporcionarse obras de literatura, en tanto que los instruidos compraban manuales y tratados.

Después del correo, el baño era otra causa de placer. Los que habíamos estado una semana en el servicio de cocina, entre objetos y materias poco limpias, sentíamos una gran alegría en tomar el baño de vapor y cambiar de ropa. En saliendo del baño se tomaba una taza de té bien caliente, se extendían los miembros fatigados sobre el colchón y se experimentaba una sensación de bienestar físico dejando vagar la imaginación, que nos hacía olvidar todo por algunos momentos. Cierto que la lencería no era muy fina ni artísticamente repasada, pero agradaba lo mismo á la piel; si por una dichosa coincidencia el correo llegaba el mismo día, eran dos felicidades á un tiempo.

—¿Está usted contento? ¡Epicúreo!...

Eran los términos con que me apostrofaba otro compañero tendido también en su cama y

que probaba la misma sensación de bienestar.

Uno de nuestros recreos favoritos era el juego de ajedrez; teníamos varios maestros en la habitación, en especial Yatzewitsch y Zubrochizky, que reunían la teoría y la práctica. Se organizaban algunas veces torneos con todas las reglas del arte y se fijaban premios de importancia, que consistían en el té ó algún otro convite. En estas ocasiones, toda la prisión se apasionaba por uno ú otro de los jugadores y se discutían con calor las jugadas y los resultados de cada una.

Nos entregábamos también al canto. Nuestros coros tenían un repertorio muy variado de melodías melancólicas de los *pequeños rusos*, alternando con las canciones vivas de los *grandes rusos*, y hasta algunos trozos de ópera difícil, sin olvidar los cantos revolucionarios, tales como la *Marseles* y otros que nos eran particularmente queridos.

Un día, cuando el comandante Nikolin no estaba allí y la vigilancia no era tan severa, uno de nuestros ingeniosos mecánicos fabricó un violín, sobre el cual los amigos ejercieron su habilidad, lo que no era siempre muy agradable para los que estaban obligados á oírlos. Posen y algunos otros martirizaban los oídos de sus camaradas con una música de todos los diablos, que consistía en soplar al través de las púas de un peine.

Combatíamos también el aburrimiento de la prisión con charadas y enigmas, que gozaban de gran favor entre nosotros en el *Synedrion*. Los recién venidos trajeron cartas, y el whist, que se acababa de poner en moda en Rusia, ocupó bien pronto algunos camaradas, que se pasaban jugando los días y las noches. Pero en general, las cartas tenían poco éxito.

Los ejercicios físicos eran también muy agradables á la mayoría, pero en tanto que el *Gato* gobernó la prisión, fué imposible hacerlos libremente. Todo lo que nos permitió fué organizar en el patio durante el invierno carreras con los patines que habíamos construído.

Uno de los sucesores de Nikolin consintió en la instalación del jardín: así en la primavera siguiente esta fué nuestra ocupación favorita. Algunos, muy aficionados á la Naturaleza, se entregaron con ardor á esta tarea; cultivaban su cuadro con el más grande cuidado, regaban, limpiaban y escardaban sin cesar, y se ocupaban de cada planta en particular como si hubiese sido un niño querido. Pronto fuimos dueños de un gran número de legumbres y flores. Yo tenía una predilección especial por los *girasoles*, que me recordaban mi patria, la Rusia meridional, y plantaba sus semillas por todas partes. Llegado el verano, mis plantas se elevaron majestuosamente en el aire y sus tallos sólidos se extendían en línea recta á lo largo de nuestro bulevar, como llamábamos á la empalizada á través de la cual se veía la calle y la casa del comandante mirando por los agujeros. Cuando las plantas abrieron sus discos de luz, parecían mirarnos con compasión y decirnos: «¡Pobres inocentes! Pasáis la mitad de vuestra vida y los mejores años de vuestra juventud en prisión, sólo porque habéis soñado en trabajar por la felicidad de vuestra patria. Pero no perdáis el valor. Día vendrá en que con la frente alta entréis en vuestros hogares. ¡Siempre de cara al sol y á la luz!»

El sucesor de Nikolin fué el jefe de escuadrón Iakovlev, é hizo todos los esfuerzos para dulcificar el régimen de la prisión. Nos hizo el efecto de un

hombre bastante humano que seguía á la letra las órdenes recibidas, pero que no buscaba el medio de agravarlas con vanas formalidades y exageraciones inútiles.

Puede ser que su conducta estuviera dictada por el hecho de que no había de ocupar largo tiempo el puesto, y estuviese preocupado con el deseo de tener los menores quehaceres posibles con nosotros. Pertenecía á la categoría de gentes que se encuentran con frecuencia en Rusia y en Siberia y que tienen una debilidad: la bebida. Tomaba algunos vasitos más de lo que la razón le aconsejaba, pero sea como quiera, respiramos bajo su administración y vimos llegar con pena al nuevo comandante.

El coronel Masjukoff entró en funciones seis meses después, en el curso del invierno de 1887, é hizo su entrada en la prisión acompañado de Iakovlev.

Era un hombre de pequeña estatura, sin barba, con los cabellos entrecanos y bigote. A pesar de sus cincuenta años pasados, su paso era ágil, tenía una voz de falsete desagradable y hacía el efecto de una vieja gallina desplumada. Había en toda su manera de ser alguna cosa que denunciaba al hombre débil y sin carácter. Así fué, desgraciadamente para nosotros y para él. Masjukoff no respondía á lo que debe ser un oficial de gendarmes, pues no era á propósito para el servicio activo, como él mismo reconocía. Se había hecho gendarme por un encadenamiento de circunstancias desagradables.

Pequeño propietario de nacimiento, había sido oficial de la guardia, volvió después á sus tierras, entregándose á una vida de disipación y gastos. Gracias al dinero que ofreció fué elegido mariscal

de la nobleza en su distrito y pudo poner en orden sus asuntos y pagar sus deudas.

Aceptó en seguida una plaza de oficial de gendarmería, seducido por las ventajas que tienen sobre los oficiales que desempeñan cargos análogos, sobre todo si alcanzan la suerte de ser enviados á puestos como Kara.

El comandante de nuestra prisión recibía de cuatro á cinco mil rublos por año, además casa, luz, servidumbre y caballos á su disposición. En calidad de antiguo oficial de la guardia y de mariscal de la nobleza, Masjukoff había sido nombrado coronel y beneficiado con el puesto de Kara. Nos decía que su deseo más vivo era dulcificar nuestra suerte en la medida de lo posible, pero no eran más que palabras; el camino del infierno está empedrado de buenas intenciones, y los prisioneros políticos no han tenido jamás que sufrir bajo los comandantes más tiránicos tanto como bajo la administración de este alegre vi-vidor.

Pero no conviene anticiparnos. En los primeros tiempos del régimen de Masjukoff notamos, en efecto, algunas ventajas. Como se sabe, habíamos hecho un jardín, y las puertas de las habitaciones no se cerraban en todo el día; podíamos circular libremente en el patio. En tiempo del *Gato* una cámara estaba vacía y había prohibido, no sé por qué, que fuese ocupada. Se nos permitió ocuparla durante el verano, así como la parte del edificio en que había varias celdas separadas. De esta suerte tuvimos un gran espacio á nuestra disposición y pudimos instalarnos cómodamente. Los que buscaban la soledad tenían donde retirarse algunas horas del día. Señalamos una de estas celdas para los músicos y sus instrumentos

de tortura, y así no fuimos tan molestados por ellos.

Se mostró también menos escrupuloso para prohibirnos herramientas, nos pudimos procurar algunas, y la ingeniosidad mecánica de los camaradas halló libre el campo. Un fotógrafo aficionado se encontraba entre nosotros, y con ayuda de todos se le instaló un tablero, aunque los servicios que nos hacía no fueran de los más apreciables.

El comandante se esforzaba por satisfacer nuestros deseos en la medida de lo posible. Nos permitió cambiar de cámara cuando quisiéramos, y mi amigo Stefanowitch y yo aprovechamos inmediatamente la autorización. Una estancia de dos años y medio en el *Synedrion* nos lo había hecho insoportable al uno y al otro, por lo que nos instalamos en la habitación llamada *la ciudad* y también *el hospital*. Era más cómoda, porque los lechos de campaña estaban separados y en cada catre había pequeños almohadones.

Durante los tres primeros años que pasé en Kara, el número de detenidos fué casi el mismo. Cuando algunos eran enviados á la colonia penitenciaria, otros venían á reemplazarlos. Los habitantes de una estancia no cambiaban voluntariamente de domicilio, á lo que nosotros llamábamos «patriotismo de habitación». La que nosotros ocupábamos no parecía estar muy penetrada de este espíritu de cuerpo: la mayor parte pertenecían á la clase de *nómadas*, que habían ya cambiado varias veces de domicilio, y cada uno se ocupaba en pasarlo lo mejor que podía. Nosotros nos aislamos voluntarios, y como la mayor parte se ocupaba en trabajos serios, había pocas risas y conversaciones generales.

Uno de los tipos más interesantes de esta cámara era León Zlatopolski, un verdadero original, del que diré aquí algunas palabras.

Había estudiado en el Instituto Tecnológico de Petersburgo; después fué complicado en el *proceso de los veinte* en 1882, y lo condenaron á veinte años de trabajos forzados. No había sido jamás revolucionario activo, pero como era un matemático y un técnico notable, había secundado á los terroristas en el dominio puramente científico. Estudiante, se había revelado inventor, y esta manía no hizo más que desenvolverse en la prisión, y no había descubrimiento que no hubiese hecho. Durante cierto tiempo pensó en construir una ciudad en forma de círculo, en la que todo funcionaría por la electricidad; hasta las plantas debían nacer y crecer por medios artificiales, porque la luz y el calor del sol le parecían cosas demasiado simples. Luego acarició el proyecto de un aparato aerostático, que debía, no solamente elevarnos á las alturas de la atmósfera, sino también precipitar los movimientos de la tierra. Los pequeños detalles prosaicos le ocupaban tanto como los altos descubrimientos, así es que había inventado un nuevo método para lavar la ropa, mondar las patatas y fabricar los zapatos. Construyó fogones de un sistema especial, y realizaba combinaciones imprevistas para los juegos de cartas; en suma, había encontrado el medio de hacer cosa nueva en todos los dominios y revolucionar las costumbres, los hábitos y las viejas rutinas. Este trabajo genial no tenía más que un defecto; era absolutamente imposible llevarlo á la práctica. Naturalmente, él no quería convencerse; á sus ojos sus invenciones eran perfectas y realizables; lo que no le impedía, al cabo de cierto

tiempo, perseguir con ahinco algún otro problema. Todos reían de él y se contaban anécdotas extraordinarias. A pesar de eso, era un hombre de gran ciencia, al que le faltaba poco para ser un genio. Según las teorías de Lombroso, lo habíamos clasificado en el número de aspirantes á la locura.

En las dos prisiones de Kara, la de hombres y la de mujeres, habían ingresado todos los que en diferentes épocas se mezclaron en procesos políticos, desde el de Njetschajeff, en 1871, hasta el de Lopatin y Sigida, en 1887. Como cada uno de los prisioneros hablaba de los acontecimientos en que tomó parte, de aquí que los sucesos de la lucha revolucionaria constituyeran el tema más interesante de las conversaciones; la prisión de Kara formaba, por decirlo así, la crónica viva de la Revolución. Era el sólo sitio donde se podía realmente estudiar el movimiento revolucionario ruso por los testigos oculares. Pero como ninguno de nosotros pensaba que tendría alguna vez la ocasión de hacer uso de los datos que reunía y de escribirlos, el conocimiento de un gran número de detalles muy interesantes se ha perdido para todos.

Durante mi cautiverio, no quedaba en la prisión ninguno de los mezclados en el primer proceso, en la época de la fase de propaganda del movimiento, es decir, después de 1870. Todos estaban en el destierro, pero yo había conocido personalmente á la mayoría de los revolucionarios de aquel tiempo cuando estábamos los unos y los otros en libertad.

Me encontré en las prisiones al mismo tiempo que los compañeros que habían sido juzgados alrededor de 1880 por actos de violencia, las rebeliones á mano armada y los atentados contra el

zar. Los principales agitadores habían muerto en el cadalso ó vivían enterrados vivos en la fortaleza de Pedro y Pablo y en la de Schlüsselburg, pero yo había estado en relaciones con un gran número de ellos: hombres y mujeres habían pagado todos con su vida el amor á la libertad. Yo podría hoy escribir de memoria todo lo que sabía á propósito del movimiento terrorista entre 1870 y 1880, pero esto sería aquí largo, y me limito á recordar brevemente los acontecimientos más importantes.

Entre las personalidades más eminentes del movimiento propagandista se contaban Woynoralski y Kowalik: los dos habían sido jueces de paz. Cuando estaban detenidos en la prisión preventiva de Petersburgo, sus compañeros quisieron librarlos. En Mayo de 1876 se evadieron de su celda y escaparon por una ventana del corredor, merced á una escala de cuerda. Estaban ya casi en salvo, cuando un empleado que pasaba les vió. Creyendo que eran presos de derecho común dió la voz de alarma, y los dos fugitivos fueron capturados. Más tarde los complicaron en *el proceso de los 193* y los condenaron á trabajos forzados, pero los compañeros intentaron de nuevo ponerlos en libertad. Se quería facilitar su evasión en el curso de su viaje á Karkow, donde se mandaba entonces á los prisioneros más peligrosos, y resolvieron atacar á los gendarmes á mano armada. En efecto, el 1.º de Julio de 1878 los dos gendarmes que escoltaban el coche fueron envueltos por un número de hombres armados y á caballo. Uno de los gendarmes fué muerto de un tiro. El plan de los conjurados estaba próximo á triunfar, cuando los caballos del coche, asustados de los tiros, salieron á escape y se reunieron al grueso de la ex-

pedición. Todo se había perdido. Los dos presos estuvieron algunos años en las cárceles de Rusia europea, después fueron enviados á Kara en compañía de otros revolucionarios, cumplieron su pena y en seguida los desterraron al país de los Yakoutes. La mayoría de los desterrados hallaron su tumba en Siberia, pero Woynoralski y Kowalik vieron sonar la hora de su libertad. En el curso del invierno de 1898 99 volvieron á Europa y el primero murió poco después de entrar en su hogar.

Las tentativas de evasión que acabo de contar tuvieron malas consecuencias. La tarde misma del ataque al coche, uno de los conjurados á caballo, Alejo Medwedjeff, fué preso en la estación de Karkow. Pudo escapar de la prisión preventiva de dicha ciudad al mismo tiempo que un cierto número de presos de derecho común, que practicaron un agujero bajo los muros; pero como no tenía socorro fuera, no le quedó otro recurso que ocultarse en la selva próxima, donde fué bien pronto descubierto. Sus compañeros decidieron librarlo y adoptaron el plan siguiente: Dos jóvenes, Beresnjuk y Rachko, se presentaron disfrazados de gendarmes en la prisión, llevando una orden, fabricada por ellos mismos, para conducir al detenido á la prisión de gendarmería, á fin de interrogarlo. Mas sea por denuncia, como pretendían los jóvenes, sea que el director de la prisión concibió dudas á propósito de los gendarmes, se les arrestó allí mismo y también á Yatzewitch, que esperaba delante de la cárcel para ayudar en la fuga. Entre ellos se contaba Medwedjeff, que fué, como otros compañeros, condenado á muerte, y después les conmutaron la pena por cadena perpetua. Como se temían de su parte nuevas



tentativas de evasión, se le tuvo estrechamente encerrado en las prisiones de la Siberia occidental, después en la fortaleza de Pedro y Pablo en Petersburgo y por fin fué enviado á Kara en 1884.

Medwedjeff era hombre de valor extraordinario, siempre pronto á desafiar el peligro y exponerse á las aventuras más peligrosas. Había sido cochero y no tenía más que una instrucción rudimentaria, pero estaba bien dotado y había extendido sus conocimientos en la prisión. Tenía el don innato de la mecánica y una habilidad de manos sorprendente. En los calabozos de la prisión de Petersburgo había modelado secretamente una estatuita con miga de pan, y era tan perfecta que provocaba la admiración de los gendarmes, del comandante de la fortaleza y de otros funcionarios. Debía en gran parte á esta estatuita ver la pena de trabajos forzados conmutada por veinte años solo y haber sido enviado á Kara. Se mostró artista consumado y obrero de los más diestros. Era un excelente sastre, cordonero, grabador y encuadernador; cuando más tarde quedó sólo sometido á relegación, se hizo relojero y orfebre. Desgraciadamente, á poco de dejar la prisión sucumbió de resultas de un mal incurable que le había sido transmitido con la sangre: la borrachera. Todos los esfuerzos que hizo para dejar el vicio resultaron inútiles y al cabo de dos años estaba perdido.

Al mismo tiempo que tenía lugar en Kharkow esta tentativa de evasión, los revolucionarios de Petersburgo estaban en un estado de sobreexcitación espantosa. Un gran número de condenados del *proceso de los 193* esperaban en la fortaleza de Pedro y Pablo su envío á Siberia. A causa de

los malos tratamientos á que estaban sometidos resolvieron organizar una protesta por el hambre. La mayoría de entre ellos llevaba ya más de un año de prisión preventiva, y los sufrimientos por el hambre podían serles fatales. El plan se había puesto en ejecución desde algunos días cuando fué conocido de los miembros de la asociación «Semlja Volja», y uno de ellos, el exsubteniente de artillería Krawtschinski, declaró inmediatamente que tomaría venganza del jefe de gendarmes Mezentzef, al que incumbía la responsabilidad de las persecuciones políticas. Quería cumplir este acto de justicia solo, en público, sin buscar salvarse después del atentado, exactamente como había hecho Wera Zassulitch, cuando el 24 de Enero de 1878 disparó contra el jefe de policía Trepoff; pero cierto número de compañeros, entre los que me contaba yo, se opusieron al proyecto, porque el general no merecía semejante sacrificio. Buscamos una combinación que permitía á la vez matar á Mezentzef y salvar á su matador. Con este objeto se extendió una red alrededor del general y se supo á qué hora salía de su casa. Un coche esperaba cerca de allí, tirado por *Barbar*, un caballo admirable, que había ya salvado la vida al príncipe Pedro Kropotkine cuando se evadió del hospital en 1876. El día 4 de Agosto de 1878 el general fué muerto de una puñalada en una de las calles más concurridas de Petersburgo, y Krawtschinski, así como Barannikoff, que lo acompañaba, pudieron salvarse gracias á la agilidad de *Barbar*. Un gran número de personas fueron presas á causa de este atentado, entre ellas Adrián Michailoff, al que se acusaba de haber conducido el carruaje disfrazado de cochero. Fué condenado á veinte años de trabajos

forzados y conducido á Kara, donde fuimos largo tiempo compañeros de habitación.

Michailoff era de los más inteligentes entre los presos. Tenía un gran deseo de instruirse y una memoria verdaderamente prodigiosa. Antiguo estudiante de medicina, poseía profundos conocimientos de historia natural y de otras ciencias; nosotros le llamábamos la *Enciclopedia viva*, y no había pregunta á la cual no fuese capaz de dar una respuesta satisfactoria. Sabía las fechas de todos los grandes acontecimientos históricos, retenía perfectamente cuanto había leído y no se dejaba embarazar por ningún problema. Era de un carácter resuelto, intratable, enérgico, y gracias á su superioridad intelectual ejercía gran influencia sobre sus camaradas.

Séame permitido recordar aquí á Yemeljanoff, uno de los conjurados que tomaron parte en el atentado contra Alejandro II. Se sabe que el zar fué muerto por una bomba que Grynewitsky arrojó bajo su carruaje. Este joven y Russakoff subieron al cadalso. Yemeljanoff había tomado una parte directa en el atentado, tenía una bomba preparada, de la que no hizo uso, porque se convenció personalmente de que el zar había muerto, pues estaba cerca del sitio donde tuvo lugar la explosión. Fué complicado en el *proceso de los 20* y condenado á muerte con otros diez; pero de ellos sólo el oficial de marina Suchanoff fué ejecutado; á los otros cómplices se les conmutó la pena por trabajos forzados á perpetuidad. Yemeljanoff había sido encerrado con los demás en la fortaleza de Pedro y Pablo, pero como sufría una cruel enfermedad se le relegó á Kara en 1884.

Era hijo de un sacristán, y había frecuentado en su juventud la escuela manual; después estuvo

á expensas del Estado en París, donde desempeñaba las funciones de chantre en la capilla de la embajada rusa. A la edad de veinte años volvió al imperio y se afilió al partido terrorista, tomando parte, como ya he dicho, en el atentado del 1.º de Marzo de 1881. Era un hombre inteligente, que había logrado con el tiempo una instrucción de las más completas. Cuando yo le traté se había vuelto escéptico y hablaba irónicamente de las ideas revolucionarias. A ejemplo de Fomitcheff y de algunos otros, estaba penetrado de la idea de la potencia y la grandeza del zarismo ruso.

## CAPÍTULO XXVI

### Departamento de las mujeres.—Comienzo de un drama

Entre los recuerdos más tristes de mi prisión en Kara, figura el drama que se desarrolló en medio de nuestras infortunadas compañeras.

Estábamos informados de todo lo que pasaba en el departamento de las mujeres, porque á pesar de la prohibición de la autoridad cambiábamos continuamente cartas.

Cuando llegué á Kara, á fin de 1885, había diez mujeres presas, entre ellas la señorita Lebedjeff, que murió al poco tiempo. Entre las mártires de las luchas revolucionarias se hacía notar Sofía Lœschern von Herzfeld, entonces de edad de cuarenta y seis años. Era hija de un general, y sus parientes pertenecían al círculo de la corte. A principios de 1873 Sofía se unió al movimiento propagandista. Vestida de aldeana se fué á vivir al campo, ensayando el modo de esparcir las ideas del *socialismo pacífico*. La arrestaron y fué condenada á deportación en Siberia á causa del *proceso de los 193*. Gracias á una de sus parientas, dama de honor de la zarina, obtuvo el indulto en 1878, época en que yo la conocí en Petersburgo; pero no debía gozar mucho tiempo de libertad. Un año después fué arrestada en Kiew, en el curso de una escaramuza á mano armada, y compareció ante el

tribunal militar, que la condenó á muerte en unión de Ossinski. Este desdichado sufrió la última pena y á Sofía se la conmutaron por la de trabajos forzados á perpetuidad, y fué deportada á Kara en 1879. Me hacía la impresión de una mujer tímida, salvaje y replegada en sí misma.

Había también conocido en 1879 en Petersburgo á su amiga Ana Korba, recién llegada del teatro de la guerra contra Turquía, donde desempeñó funciones de cantinera. Pertenece á una familia de origen ruso-alemán, de la que formaban parte muchos altos dignatarios. Casada con un extranjero, se había dedicado á numerosas obras filantrópicas y era la providencia y el niño querido de todos los habitantes de la población en que residía; pero una amarga experiencia le había hecho conocer que los esfuerzos aislados eran impotentes contra las circunstancias y que pocos resultados se obtenían con el trabajo pacífico. Así es que el año 1880 se afilió al partido de la «Narodnaja Volja». Era la época en que la lucha desesperada contra el zarismo había llegado á su punto culminante. Ana vió á un gran número de sus amigos presos, enviados al cadalso ó enterrados vivos en las prisiones. El terror blanco estaba en toda su intensidad. En 1882, el jefe de policía secreta no quiso arrestar á todos los terroristas, que después del feliz atentado contra Alejandro II habían aumentado. Ana resolvió continuar la lucha con los *últimos mohicanos* é instaló en Petersburgo un laboratorio secreto para la fabricación de bombas de dinamita. De resultas de esto fué arrestada en 1882 al mismo tiempo que Garatschewski, el oficial Butzwitch y los esposos Prybylyeff. En la primavera siguiente los condenaron á veinte años de trabajos forzados. Ana era una

mujer de brillante educación, carácter fuerte, igual y perseverante. Sus aspiraciones son hoy las mismas que el día en que estaba en plena lucha. Su confianza inquebrantable en las ideas impone respeto hasta á los que no participan de ellas.

Antes de pintar á las otras detenidas en la prisión de mujeres de Kara, es preciso recordar un acontecimiento, que en aquella época excitó viva emoción en el público habituado á leer periódicos. Hacia fines de Febrero de 1881, la policía de Petersburgo sospechó que se tenían conciliábulo secretos en la tienda de un vendedor de quesos, situada en una de las calles más comerciales de la ciudad, pero la visita domiciliaria no hizo descubrir nada sospechoso.

A la mañana siguiente tuvo lugar el atentado contra el zar, y tres días después el almacén de quesos fué bruscamente abandonado por sus propietarios, los esposos Kobozeff, aldeanos del interior de la Rusia, cuyos papeles estaban en regla. La policía procedió á nuevos registros y descubrió esta vez bajo el almacén un pasaje subterráneo que terminaba en la Malaja Sadowaja, una calle por la que el zar pasaba con frecuencia. El túnel debía servir para hacer saltar el coche del soberano en caso que las bombas no hubiesen producido efecto. Se puede imaginar lo que sufrirían los dos revolucionarios que se ocultaban con el nombre de Kobozeff cuando la policía hizo su primer registro.

El pasaje subterráneo estaba cubierto con grandes toneles y cajas de quesos. Si se hubieran tomado el trabajo de levantarlos, la entrada se hubiera descubierto.

La mujer que en el almacén servía á la clientela con las apariencias de la aldeana Kobozeff

era hija de un sacerdote del rito griego, Ana Yakimoff. Había sido maestra de escuela en una aldea, pero había ido *al pueblo*, la complicaron en el *proceso de los 193*, y aunque absuelta por el tribunal, la enviaron al Norte de Rusia por la *vía administrativa*. En 1879 se había evadido para venir á Petersburgo, donde hice su conocimiento. Un poco más tarde se afilió á la «Narodnaja Volja» y tomó parte activa en una serie de atentados contra el zar. De acuerdo con Scheljaboff, durante el otoño de 1879 minaron la estación de Alexandrowskaja, que el zar debía atravesar. Presa á consecuencia de esto, la condenaron á muerte en el *proceso de los veinte*; por gracia se la encerró en la fortaleza de Pedro y Pablo y desde allí fué enviada en 1884 á Kara.

No hay necesidad de decir que Ana Yakimoff era una personalidad de gran fuerza de carácter y de una voluntad inquebrantable.

Todas las mujeres que tomaron parte en el movimiento revolucionario de 1870 á 1880 tienen un tipo bien especial. Praskowja Iwanowskaja y Nadeschda Smirnikskaja, que fueron juzgadas en 1883, entran también en esta categoría.

Las mujeres formaban un grupo muy unido en la prisión de Kara: una gran amistad reinaba entre ellas, tenían las mismas aspiraciones y sus caracteres y temperamentos estaban en armonía.

Se hallaban también en esta prisión Isabel Kowalskaja, Sofia Bogomolez y Elena Rossikoff, transportadas de Irkoutsk á Kara en 1885. Como se sabe, María Kaljusehnaja había llegado al mismo tiempo que nosotros.

Se puede decir que la prisión abrigaba una verdadera aristocracia femenina. Mientras que muchos jóvenes prisioneros habían sido enviados

á Siberia por un sistema absurdo de persecuciones y no tenían ninguna opinión, las mujeres eran todas revolucionarias, de sentimientos é ideas bien definidas. Se necesitan las condiciones especiales en que se desenvuelve la Rusia para que tan gran número de mujeres pertenecientes á las clases elevadas de la sociedad se hubieran así mezclado con entusiasmo al movimiento revolucionario.

El régimen de las mujeres en la prisión era un poco más dulce que el de los hombres. Cada una tenía una celda para ella sola. Las celdas eran estrechas y húmedas, pero tenían así la facultad de poder aislarse y no estaban obligadas á soportar continuamente la presencia de unas y otras: cuando querían reunirse, podían hacerlo en una gran habitación común á todas, pues sus celdas no estaban jamás cerradas durante el día. Estaban también mejor tratadas desde el punto de vista material, porque recibían más dinero, y esto les permitía procurarse algunas comodidades. En varias ocasiones enviaron dinero á nuestra caja. Naturalmente, no se les afeitaba la cabeza y las dejaban llevar sus vestidos ordinarios. Sin embargo, las particularidades de su carácter, su modo especial de pensar, su voluntad indomable y las condiciones de la vida penitenciaria, no hacían más que exasperarlas, amenazando alguna vez conflictos muy serios entre ellas y las autoridades.

Diferían diametralmente con respecto á la actitud que debían guardar frente al reglamento y los funcionarios. Mientras que Sofia y Elena consideraban como un deber, desde el punto de vista político, hacer una oposición permanente y sistemática á las órdenes que recibían, las otras opinaban que era absolutamente inútil provocar

conflictos que no conducían á nada. Esta diversidad de pareceres amenazaba frecuentemente con establecer alguna frialdad en sus cordiales relaciones.

A la llegada á Kara, las mujeres eran registradas por una vigilante, para ver si llevaban sobre ellas objetos prohibidos, y la vigilante cumplía su misión como una simple formalidad; pero Elena y Sofía declararon que no se dejarían registrar. El director de la cárcel las exhortó á conformarse con los reglamentos, y le respondieron:

—No es á nosotras á quien se debía registrar, sino á vosotros, cuadrilla de ladrones. Vosotros coméis á costa del Estado, tenéis los bolsillos llenos de dinero y todavía le pegáis fuego á los almacenes para robar el pan de los prisioneros.

Esto no dió otro resultado que hacer emplear con ellas la violencia. En cuanto á las otras mujeres, consideraban impropio este género de protesta.

En la primavera de 1887 María Kowalewskaja fué transportada de Irkoutsk á Kara. Llegó en el preciso momento en que los disgustos entre las mujeres alcanzaban mayor intensidad, hasta el punto de que cuatro de ellas pedían al comandante que las separara de las otras.

En esta época se produjo el incidente que sigue. Era en Agosto de 1888: el gobernador general, barón Korf, visitaba las prisiones de Kara. Cuando hizo su entrada en la cárcel de mujeres, Isabel Kowalskaja estaba sentada en un banco al aire libre. Aunque el gobernador se aproximó á ella, siguió tranquilamente sentada, sin dignarse mirarlo. El le hizo observar secamente «que debía levantarse en su presencia, porque era el más alto funcionario de la provincia».

—No es por mí por quien le han confiado á usted ese puesto—replicó Isabel con el aire más natural y sin hacer el menor movimiento.

El alto dignatario enrojeció de ira y dijo al comandante que enviaría instrucciones escritas para hacer ver cómo se debía tratar á los prisioneros rebeldes. En efecto, á los pocos días vino orden de trasladar á Isabel á la prisión central de Werhny-Udinsk, «porque su actitud inconveniente ejercía influencia deplorable sobre las otras compañeras».

Las amigas de Isabel afirmaban que ella había provocado el conflicto con el sólo objeto de hacerse enviar á otra prisión, pues la larga estancia en Kara se le hacía odiosa. Así la orden del gobernador le causaba gran placer, pero la estupidez del comandante dió á la cosa otro aspecto. El se imaginó que Isabel y sus compañeras opondrían resistencia y resolvió sacar á la prisionera con el mayor secreto.

Una mañana, muy temprano, cuando dormían aún en la prisión, los gendarmes, ayudados por prisioneros de derecho común, entraron en la celda de Isabel y aprovechando su sueño se apoderaron de ella y la llevaron al despacho de la cárcel, sin más ropa que la camisa, y sólo allí le permitieron vestirse para salir en seguida para su nuevo destino. Naturalmente, la joven así sorprendida empezó á gritos; las otras presas se despertaron, saltaron de sus lechos y fueron testigos de la innoble escena de violencia. Un concierto de maldiciones estalló contra el comandante. Las mujeres vieron en este trato salvaje un atentado contra su pudor.

Durante algún tiempo, rumores vagos circularon entre nosotros sobre este hecho, porque nuestro correo secreto no funcionaba entonces de un modo regular. Supimos más tarde los detalles por la mediación del mariscal de la casa, Golubsov.

Este era un sencillo carcelero que apenas sabía leer y escribir, pero tenía gran importancia en nuestra prisión. Era un hombre prudente, lleno de tacto. Las relaciones diarias con los prisioneros durante largos años le habían hecho conocer nuestras costumbres, nuestros hábitos y nuestra manera de sentir. Esto y su tacto especial le dió un gran ascendiente sobre el ignorante Masjukoff. Cuando vino la orden del gobernador general y el comandante, en su estupidez, concibió la desdichada idea de trasladar á la pobre mujer á viva fuerza, él trató de disuadirlo; pero el comandante no hizo caso de su subordinado hasta el día en que las mujeres recurrieron al triste procedimiento de la protesta por el hambre. Golubtsov le aconsejó que acudiera á nuestra intervención.

Se encontraba entre nosotros el hermano de una de las protestantes, María Kaljushnaja. Antiguo estudiante de la Universidad de Karkow, era un muchacho instruído, espiritual y de buen carácter, un excelente camarada y el niño mimado de la mayor parte de los prisioneros. Había sido condenado al mismo tiempo que su mujer á quince años de trabajos forzados, como terrorista, en 1883. Su hermana y su mujer habían sido testigos de la escena escandalosa y las dos tomaban parte en la protesta que les dictaba la desesperación. El mariscal aconsejó al comandante escoger como intermediario á este hombre, que era á la vez hermano y esposo.

Masjukoff fué bastante razonable para consen-

tirlo é hizo llamar á su despacho á Kaljushni y le contó exactamente todo cuanto había pasado. Por último le dijo que su mujer y su hermana rehusaban el alimento desde algunos días antes, y le pidió que fuese á Ust-Kara para calmarlas y obtener que renunciaran á la protesta, prometiendo todas las satisfacciones que desearan. Como Kaljishni nos contó más tarde, el comandante deploraba realmente lo sucedido.

Kaljushni respondió que necesitaba consultar á los camaradas antes de aceptar la misión que le proponían, y solicitó autorización para someter el hecho á una reunión general.

Nos reunimos en asamblea, que nunca se ha visto en la prisión de Kara, en el patio de la gendarmería. Los detalles que nos contó Kaljushni produjeron entre nosotros una viva impresión y un silencio de muerte siguió á sus palabras. Yatzwitch, que de ordinario guardaba silencio, tomó el primero la palabra, y después de una corta discusión se decidió que uno de nosotros se uniría á Kaljushni en calidad de delegado y se haría todo lo posible para obtener de las protestantes lo que se deseaba. Por el momento exigimos que el comandante presentase sus excusas á las mujeres.

Los dos delegados se trasladaron, bajo la guardia de los gendarmes, á la prisión de mujeres, que distaba quince *verstas* de la nuestra, cosa absolutamente contraria al reglamento. Cuando volvieron nos reunimos de nuevo y supimos que las mujeres, que morían de hambre, no se contentaban con excusas y anunciaban que no renunciarían á su protesta si no dejaba la prisión el comandante.

La mayoría vimos que esta exigencia era irrea-

lizable. El gobierno reaccionario, al frente del cual se encontraba el conde Dimitri Tolstoj, no relevaría al comandante aunque todos los prisioneros de Siberia pudiesen morir de hambre. Creímos arreglar el asunto rogándole que pidiese él mismo su traslado con un pretexto cualquiera. El comandante y las mujeres aceptaron el arreglo, pero las últimas declararon categóricamente que si en el transcurso de algunos meses no se iba Masjukoff, rehusarían de nuevo todo alimento, y esta vez llevarían su protesta hasta el último límite.

## CAPÍTULO XXVII

### Los "colonos,,.—Incidentes en la prisión de mujeres

El verano de 1888 amenazaba con acontecimientos muy desagradables en la prisión de hombres, pero no tenían comparación con el drama que se desarrollaba en la de mujeres.

En la habitación del *hospital* había en aquella época un antiguo oficial llamado Wlastopoulo, que en 1879, en Odesa, había sido condenado á la pena de quince años de prisión, cuya condena se había agravado á la de trabajos forzados á perpetuidad por tentativa de evasión. Inteligente, bastante instruido, de una gran fuerza de carácter, en extremo orgulloso y ambicioso, era un terrorista inquebrantable en sus convicciones. Los camaradas tenían la más grande confianza en él y lo apreciaban en el más alto grado, hasta el punto que fué elegido dos veces administrador.

En 1888, los compañeros de habitación, entre los cuales me contaba, notamos que empezaba á ponerse lunático y sobrecitado. En esta época, un funcionario de seguridad general, el consejero de Estado Russinoff, hizo una visita á Kara. Las visitas de este género eran frecuentes y tenían por objeto arrancar á los prisioneros el testimonio de su arrepentimiento, después de lo cual se les ha-